

—No; sino tú, que has irritado á esos canes, atropellándolos por llegar antes que yo, repuso el otro.

—Mientes tú, dijo el contestado.

A la palabra mientes, el almogawar á quien se dirigia, que no era hombre que sufriera aquel insulto, mostró su espada fuera de la vaina, y poco despues desnudó la suya el otro que se vió acometido.

Y como la plebe cuándo está mas irritada, necesita de menos para lanzarse á los alborotos, creyó que aquellas espadas se desnudaban en su daño, y cargo sobre los almogawares y los almoravides, á palos, puñaladas y pedradas.

Y llegaron otros, que vieron cerrada la buñoleria, y se irritaron por la falta de pan, y uniéndose al tumulto, aumentáronse las voces y los palos, y las pedradas y los silbos.

De modo, que lo que habia empezado por una riña de amor, acabó en motin, y en motin formidable, acrecido por la fatalidad.

Bajaba entonces el rey de la Alhambra, y, como todos los dias, iba al Albaicin á arrastrar su amor á los piés de la inexorable Zoraida: estaba relumbrante de galas, acompañado de una guardia espléndida, y de Muza Ebn-Abil-Gazan, y se encontró de repente en medio del motin.

Irritó al pueblo el lujo de Abu-Abdallah, cuando no habia pan para sus vasallos, y mudando de objeto, los silbos, las pedradas y las imprecaciones se tornaron al rey.

Muza, sombrío y colérico, se arrojó hiriendo con su escuadron de lanzas entre la multitud; creció el alboroto, estallaron mosquetes, acudieron nuevos

combatientes, empenóse una lucha encarnizada y la sangre corrió por las calles.

Los gritos de ¡muera el rey! ¡muera el emir! ¡capitulemos con los cristianos! se dejaron oír aterradores entre la multitud.

Entonces un hombre respetado del pueblo, un venerable anciano, Macer el Alime, se abrió calle con peligro de su vida, y atento á la salvacion de su patria, gritó á los amotinados, que á su presencia bajaron por un momento las armas.

—¿Qué furor es el vuestro musulimes? ¿Hasta cuándo sereis tan desacordados y frenéticos, que por las pasiones y codicias de otros, os olvideis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de vuestra patria...? No es vergüenza vuestra mataros por estos...? Si no os mueve la infamia, muévaos el peligro en que todos estais; si tanta inclita sangre se derramara peleando contra nuestros enemigos... llegarían nuestras vencedoras banderas al Guadalquivir y al apartado Tajo (1).

Prosiguió el anciano en estas y otras poderosas razones, y al fin el pueblo, aquietado en la apariencia, bajó las armas, dejó pasar al rey, se dispersó, lavose la sangre, recogiéronse los cadáveres, y la ciudad volvió á su silencio de muerte.

Haxima, la hermosa mora, primera é inocente causa de aquel alboroto, abrió recatadamente la puerta, y cuando vió que la calle estaba solitaria,

---

(1) Histórico: Conde: historia de la dominacion de los árabes en España.

dejó salir un jayan que tomó á buen paso la calle adelante, mientras la buñolera cerraba la puerta.

El moro llegó á la puerta de Elvira, salió al campo, deslizóse á lo largo del muro, recatándose de la guardia y tomando un camino de atravesía, no cesó de andar hasta poner la planta en el real de Santafé.

Y debía ser conocido, puesto que los atalayas de las puertas no le estorbaron el paso, y solo se detuvo ante los *continuos* de las tiendas de los reyes, donde tras un leve aviso fué introducido.

En el fondo de ellas, sentadas sobre un estradillo en taburetes, habia una multitud de damas ocupadas en bordar un tapiz; a su lado sobre una silla de alto respaldo, se veia una dama, de edad madura, de semblante noble y grave, aunque duro, vestida de un severo traje negro y encubierta la cabeza con una torquilla de terciopelo carmesí tomada de oro.

Esta dama, ante la cual se prosternó el moro, era la reina doña Isabel primera de Castilla.

Junto á ella en otro sillón, un caballero de mas edad, con traje negro tambien, birrete de terciopelo y espada de oro, de semblante adusto y receloso, miraba con espresion profunda á otro hombre, que, descubierto y con respeto, platicaba en voz baja con la reina, que de tiempo en tiempo dejaba entrever en la seca línea de su boca, una imperceptible sonrisa.

El hombre sentado y cubierto, era el rey don Fernando quinto de Aragon; el que con la reina platicaba, Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Al prosternarse el moro, la reina hizo una señal á sus damas, que dejaron las labores y se dirigieron á otro departamento de la tienda.

Gonzalo Fernandez de Córdoba hizo al par un movimiento como para salir.

—No, no, quedad, capitán Gonzalo, le dijo la reina, ese infiel sin duda vendrá a noticiarnos algún nuevo desafuero cometido en Granada contra el rey Abu-Abdallah.

—Así es, noble y poderosísima sultana, dijo el moro; que no era otra cosa que algazaz (1) de los cristianos; el hambre aflige á la ciudad, crecen los motines y los alborotos, se apellida por la capitulación entre nuestros parciales, y si en uno de estos momentos se arrimasen escalas á los muros y petardos á las puertas, podríais entrar, poderosos señores, á escala franca, en la ciudad que hasta ahora se ha llamado invencible.

Callo el traidor, y levantóse Fernando el Católico.

—¿Qué nuevo conflicto, dijo, apremia á Granada?

El moro elevó de nuevo su voz ante los reyes, siempre prosternado como un perro á los piés de su señor, y les refirió el motin de la calle del Elvira, sin olvidar en el relato el nombre de Haxima, que era su sobrina, y la porfia de los almogavares; ponderó la discreción y hermosura de la mora, y callo de nuevo.

Despidieronle los Reyes Católicos, y al salir de la tienda, un gentil hombre de la recámara entregó al traidor algunas monedas de plata.

Quedaron solos los Reyes Católicos y el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

(1) Espía.



—Ved ahí, le dijo la reina sonriendo, Gonzalo, como se os presenta una buena ocasión para salir airoso de la noble porfía que ya ha dado tres timbres á nuestra conquista: el robo de esa buñolera, capitán, de en medio de esa terrible ciudad, es asunto bastante para hacer escribir, si viviera, sendas trobas al buen Juan de Mena, cancionero de nuestro abuelo don Juan el segundo.

—O para inspirar algunas endechas, observó con cierta acritud Fernando quinto, al tristísimo Jorge Manrique.

—Pues si faltan los Menas y los Manriques, señora, contestó Fernández de Córdoba cuyo semblante se iluminó con el entusiasmo de los valientes, no ha de faltar mañana á estas horas la buñolera, en las tiendas de vuestra alteza.

Desapareció la sonrisa en el rostro de la reina, y sus mejillas ya palidas acrecieron en palidez.

—No, no lo hemos dicho por tanto, capitán, dijo con interés á Gonzalo; entrar, solo y sin más compañía que el valor en Granada, es buscar una muerte cierta; Nos, os prohibimos capitán, que tal hagáis.

—Tragera yo la sultana á vuestra alteza, que no esa villana; y si así os placiera, hasta el mismo Abu-Abdallah el Chico de entre los guardas de su alcázar.

—Si, si, dijo el rey con cierta amargura, de valientes es acometer imposibles; id, capitán Gonzalo, id, que yendo con vos vuestra espada, seguro lleváis bastante, aunque tuviérais que bajar cual otro Orfeo á los infernos.

Calló el rey, y la reina guardó silencio.

Gonzalo Fernandez de Córdoba les saludó con gran mesura, y salió de la tienda meditando y llegó á paso lento á la no distante de Hernan Perez del Pulgar.

El buen Alcaide del Salar se hallaba á caza de moros en la vega, y en la tienda solitaria, solo se veia al morisco Pedro, sentado sobre sus rodillas y asaz pensativo y cabizbajo.

Alzó la frente al sentir pasos en la puerta de la tienda, y reconociendo á Gonzalo Fernandez, se puso en pié de un salto y le saludó con respeto.

Despejóse el rostro del capitán al ver al morisco, porque nacido Pedro en Granada, podia servirle de mucho para llegar al colmo de su empresa, que no era otra, que robar, al dia siguiente, de la ciudad á Haxima, á pesar de cuantos moros se le pusiesen al paso.

Sentose sobre el lecho de Pulgar, y preguntó al escudero por las calles y revueltas que debia pasar, una vez dentro de la puerta de Elvira, para llegar hasta la buñoleria.

Una lágrima arrasó los ojos del morisco; Gonzalo Fernandez, sin saberlo, habia tocado al seno mas recóndito de su corazon, porque Pedro de Pulgar, cautivo de Hernan Perez, era aquel mismo Aben-Hamut que no habia vuelto á Granada despues de la rota del Zenete, y por cuya memoria Haxima se mostraba tan desdeñosa con sus nuevos adoradores.

Contestó el morisco á las preguntas de Gonzalo, contole su historia, triste como la de todos los enamorados ausentes, y alentado por la gran fama del caudillo, y por la buena ventura de la hazaña del *Ave Maria*, cuando entró con Pulgar hasta la mezquita,

le demandó por merced le permitiese acompañarle.

—Solo he de ir, contestó el de Córdoba; pero aun así confío, en que mañana antes que el sol medie, habrás visto á la mora en los reales.

Una palabra empeñada por Gonzalo de Córdoba, era lo mas valadero que se conocia en aquellos tiempos, y el moro saltó de alegría, teniendo ya por seguro el abrazar al dia siguiente á la hermosa buñolera.

—Pero para ello, continuó el capitán, preciso será que me procures un arnés y una vestimenta, tales, que pueda yo pasar por moro entre esos perros, que tienen olfato bastante para ir sobre el rastro de un cristiano.

Prometióselo Pedro; salió el de Córdoba de la tienda, y quedó el morisco imaginando como proveer al que habia de dar dichoso fin á sus amores, de lo necesario para el caso, y acordó de las armaduras, caballos y capellares morunos, que habian traído de Granada los que fueron en el desagravio de la sultana.

Y tal maña se dió, que al dia siguiente por la mañana, antes que el sol se mostrase, llevando del diestro un caballo árabe encubertado y cargado con arnés y vestidura, y una larga pica de dos hierros con pendoncillo rojo, se hizo anunciar por los escuderos del poderoso alcaide de la villa y fuerza de Ilora, Gonzalo Fernandez de Córdoba, en su tienda de capitán de caballos.

Y de allí á poco que entró el morisco, el de Córdoba salió disfrazado, tal, que nadie le hubiera tenido por cristiano sino por moro de Berbería, y cabalgó

en el caballo, tomó la pica, salió del real y se alejó la vega adelante, llevándose consigo el alma de Pedro de Pulgar.

Picó al corcel Gonzalo de Córdoba, y llegó á la puerta de Elvira y pasó de ella sin que la guarda lo tuviese por otro que por un caballero granadino.

Cuando el valiente español se vió dentro de la ciudad, acometiéronle deseos de subir á la Alhambra, alborotar el alcázar y tomar posesion de él, como lo habia tomado de la mezquita Hernan Perez del Pulgar.

Abandonó, empero, suspirando este pensamiento, cuya magnitud le hacia imposible de realizar, y siguió la calle adelante y llegó á la buñolería.

Su puerta no presentaba el aspecto que el dia anterior, ni habia valla, ni almoravides, ni tumulto; solo se veian en la pared vestigios de disparos de arcabuces, y sobre las piedras de la calles rastros de mal lavada sangre.

Mas allá, tras la puerta, en el interior, Haxima, con los hermosos brazos desnudos, se apoyaba pensativa y triste sobre el cancel de otra puerta que daba entrada á un alegre patio, donde se veian multitud de moros sentados á las mesas y ante escudillas llenas de buñuelos.

Un hombre, en el cual reconoció Gonzalo al espía del dia anterior, se ocupaba en el despacho, y otros dos que eran los almogavares causadores del motin, sentados uno frente al otro en los opuestos costados de la parte de la tienda anterior al patio, miraban á la mora que al parecer no reparaba en ellos.

Pero al alzar los ojos una vez, encontró los de

Gonzalo, que á caballo aun delante de la buñolera, fijaba en ella su atrevida y valiente mirada. La mora se ruborizó, y el de Córdoba echó pié á tierra, ató su corcel por las riendas á la aldaba de la puerta, y entró yéndose en derechura á la jóven. Y

—Así, Dios te salve, hermosa, le dijo en arábigo aljamiado; ¿eres tú Haxima la buñolera?

La niña, cuya edad llegaría apenas á los diez y seis años, levantó su tersa frente, y en voz tímida por el respeto que le causaba el grave y noble semblante del castellano y sus relumbrantes galas que le mostraban tal como un príncipe, contestó:

—Yo soy, caballero.

—Pues á tí es á quien busco, repuso el de Córdoba.

Aplicaron el oído los soldados almogawares, pintose la estrañeza en el semblante de Haxima, y Gonzalo continuó.

Esta noche se casa en el Fargue (1) el moro Aben-Hamut, que hasta ahora ha estado cautivo entre cristianos desde la batalla del Zenete; y yo que soy su wali, he aprovechado la ocasion en que venia á visitar al rey, para llevarté á que hagas buñuelos en la boda.

Ni una palabra de esta plática perdieron los almogawares, ni les pasó por alto el encendido color y la sombría palidez, que alternativamente se mostraron en el semblante de Haxima al escuchar el nombre del Aben-Hamut, y al saber que se casaba con otra que

---

(1) Lugar cerca de Granada sobre el camino de Guadix.

no era ella; ella, en cuyo semblante campeaba la tristeza, y de cuyos ojos corrían las lágrimas, desde el malaventurado día en que el moro había partido de Granada para ser hecho cautivo por el cristiano.

Y como nada hay más audaz que la mujer, cuando es herida en su amor ó en su orgullo, entró adentro, tomó un albornoz y un velo, envolvióse en él, y dijo á Gonzalo:

—Ahora mismo, señor,

Bien comprendió el de Córdoba lo que importa la diligencia en empresas aventuradas, y sin agnardar á mas, asió de la mora, la colocó en el arzon delantero de su caballo, y saltó en él, á tiempo que el moro espía apareció en la puerta del patio con las manos llenas de escudillas vacias, y reconoció en el hombre que robaba á su sobrina, el famoso capitán de caballos del real de los cristianos.

Y á tiempo que el caudillo arrimaba los acicates á su corcel y partía, el moro arrojó las escudillas, corrió á la calle y gritó con el rostro descompuesto:

—¡A las armas! ¡los cristianos están en Granada!

¡atajadle! ¡es Gonzalo Fernandez de Córdoba!

A aquel nombre tan conocido, los almogavares y algunos ginetes que bajaban del Albaicin, precedidos del tío de Haxima, se lanzaron tras Gonzalo Fernandez, que, al sentir el alboroto, pesaroso de que le viesen huir los moros, volvió riendas, y con la lanza baja, conteniendo al propio tiempo á la mora, que al escuchar aquella voces pugnaba por arrojarse del caballo, embistió á los que le seguian.

Su nombre solo los puso en fuga; le acosaban, y se alejaron temerosos que llegase á su alcance aquella

terrible lanza, que por cada bote contaba un enemigo muerto.

El de Córdoba siguió otra vez su camino; pero la alarma había cundido; agolpábanse á su paso ginetes y peones, al fin su lanza se ensangrentó.

Su generoso corcel, atropellaba á las turbas que crecían alrededor; hería su lanza en ellas, Haxima gritaba aterrada, y apenas bastaba la adarga del castellano á defenderla de las piedras que llovían sobre ella.

Al fin logró acorrálar á algunos contra la cerrada puerta de Elvira, y el miedo de éstos le salvó; no encontrando salida, tomada la estrecha calle por la larga espada de Gonzalo Fernandez, que había arrojado la lanza por inútil; aterrados por sus fuertes mandobles, abrieron la puerta y escaparon, haciendo plaza al gallardo campeón, que aguijó su caballo, y á poco trecho llegó á las primeras guardas de atalayas cristianas, situadas á dos tiros de arcabuz de la ciudad.

Haxima estaba desmayada; cuando tornó en sí, se encontró entre los brazos de Pedro de Pulgar, que había salido á esperar á Gonzalo Fernandez de Córdoba, y lo comprendió todo; se arrojó á los piés de su robador, y ya mas contenta sobre el arzon del caballo del morisco, siguió á Gonzalo Fernandez, que la condujo á la tienda de la reina.

El alcaide de Illora, el que debía mas tarde dar á la corona de España el reino de Nápoles, el *Gran Capitan*, había dejado tambien consignado su nombre en las tradiciones de la conquista.



Háxima se cristianó, sirviéndole de madrina la reina, de quien recibió el nombre de Isabel, y casó con su llorado Aben-Hamut, á quien despues de la conquista donaron la buñolería de la calle de Elvira, que pasó á sus descendientes, produciendo esquisitos buñuelos por espacio de mas de dos siglos (1).



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

(1) Esta buñolería existía aun en nuestros tiempos sin interrupcion desde la conquista, en la misma casa que hoy es hojalateria, y forma ángulo con un despacho de bebidas y licores, frente al Pilar del Toro y á la calle de la Calderería.

# EL PADRE PIQUIÑOTE.

*Episodio de la rebelion de los Moriscos de Granada.*

POR

D. Luis de Montes.

A mi amigo el Sr. D. José de Castro y Orozco.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Hacia algunos años que la ciudad de Granada se había rendido á las poderosas armas de los reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel: unos de los principales artículos de las capitulaciones para la entrega, acordadas por parte de los cristianos por Hernan Perez del Pulgar, Gonzalo Fernandez de Córdoba, el conde de Tendilla y Hernando de Zafra; y por parte del monarca por los alfaquies Chorrud y el Pequeni, y el alcaide Muley, era la tolerancia del culto mahometano á los moros que no quisiesen convertirse, y el libre uso de su lengua, trajes y costumbres, sin que

podiesen ser incomodados nunca por los vencedores. Sin embargo, el celo religioso de estos, y particularmente de los prelados que consideraban de un valor inmenso la conversion á la fé católica de aquellos infieles, les hizo adoptar al principio medios de persuasion y blandura, con los que lograron atraer á no pocos de ellos que abjuraron su creencia, y adoptaron el traje y habla de los castellanos: otros, ó mas tercos en la suya, ó mas fanáticos, ya fuesen sostenidos en su negativa por un odio político al ver dueños de su preciada ciudad á extranjeros aborrecidos, ya por los consejos y amonestaciones de sus alfaquies que habian perdido la consideracion que disfrutaban por la introduccion del nuevo culto, se negaron abiertamente á adoptarlo, sin que bastasen para conseguirlo las dulcisimas persuasiones de Fray Hernando de Talavera su primer arzobispo, ni las de tanto varon piadoso como tenia entonces Granada.

PERO á estos hombres llenos de mansedumbre y de caridad cristiana que estaban convencidos de que solo por la persuasion podrian conseguir su dificil obra, sucedieron otros no menos celosos de la propagacion de la fé católica; pero que creian que para conseguir la conversion de los moriscos se debian emplear medidas enérgicas y severas. Uno de ellos fué el Cardenal Francisco Gimenez de Cisneros, cuya alma de hierro mal podia avenirse á medidas contemplativas cuando estaba acostumbrado á que todo cediese á su inflexible voluntad: asi que, aconsejó á los reyes que modificasen en algun tanto los privilegios concedidos á los moros, que trajesen la Inquisicion que estaba en Jaen, y que adoptasen otras medidas con lo que solo

lograron exasperar los ánimos de los turbulentos, rehacios y pertinaces, y dar ocasion á alborotos parciales en el Albaicin que fueron sosegados por la prudencia y valor del conde de Tendilla D. Iñigo Lopez de Mendoza, alcaide de la Alhambra.

Pasóse así algun tiempo, y poco á poco fueron cercenándose los privilegios hasta el punto de irritar los ánimos de los mas apáticos é indiferentes: viéronse dominados por tantos señores como vecinos, sobrecargados de tributos é impuestos, privados del derecho de asilo en los templos, obligados á hablar la lengua castellana, á no vestir sus antiguos trajes, á no reunirse á bailar sus danzas, á llevar sus mujeres el rostro descubierto, y, finalmente, á tener abiertas sus casas para ser examinadas á cualquiera hora del dia por el mas insignificante de sus conquistadores. Tamaño olvido de la fé de las capitulaciones, semejantes ultrajes á un pueblo que llevaba con impaciencia el yugo, produjeron revueltas y desasosiegos que no estimaron los gobernantes en lo que en si valian, y que dieron ocasion á mayores disturbios, y últimamente á una rebelion que necesitó para sosegarse todas las fuerzas de Castilla, la cooperacion de los mas esclarecidos varones en armas y en letras de la nacion, y la espada del ilustre hijo del invencible emperador Carlos 5.

No es nuestro ánimo describir ahora las diferentes vicisitudes de esta tenaz lucha: solo si hemos querido dar una ligerisima pincelada de la situacion religioso-política de la ciudad en los primeros treinta años del siglo 16, para mas claridad de los sucesos que vamos á referir.

—en los salones de los embajadores  
—diciendo a los señores y señoras y a los  
—nada de lo que se decía en el salón de  
—obediencia a los señores de la corte y a los  
—señores de la corte y a los señores de la corte  
—señores de la corte y a los señores de la corte  
—señores de la corte y a los señores de la corte

Hallábanse una mañana en el salón de Embajadores del palacio árabe de la Alhambra el Marqués de Mondéjar Capitan General de Granada, D. Pedro Deza Presidente de la Chancillería, el licenciado D. Hernando de Montoya Inquisidor mayor, y otros caballeros de los mas ilustres de la población hablando de los temores que habia de que los moriscos se levantasen.

—Estoy convencido, señores, decia el Marques, de que los desaciertos del gobierno han traído a este estado los asuntos de la ciudad: si en vez de las medidas de rigor se hubieran empleado las de persuasion, estarian reducidas á estas horas las conciencias de estos naturales, así como se han reducido sus personas.

—Os equivocais, Marqués, replicó D. Pedro Deza: tengamos contemplaciones con estos perros infieles, y subiránseos á las barbas, y exigirán hoy la anulacion de los últimos decretos, mañana la participacion de los destinos públicos, y luego que se hallen fuertes tratarán de declararse independientes. No: el rigor con estos descreídos, y aun la muerte para los mas turbulentos.

—Además, añadió el licenciado Montoya: ¿Cómo hemos de permitir el escándalo de sus obscenas zambras y de sus supersticiosos ritos? ó abrazan la religion católica, ó perecerán en los tormentos del santo tribunal.

—Paso, señores, interrumpió Mondejar: creo que sería mas prudente no exasperar los ánimos, y procurar atraerse la amistad de sus principales caudillos para tener en ella una garantía de la tranquilidad pública: ¿qué se ha conseguido con vuestro decantado rigor? que se han desviado de nuestra causa aquellos convertidos en quienes podíamos apoyarnos por la influencia que sobre el pueblo ejercen, y ahora son nuestros mas irreconciliables enemigos.

—Pues yo juro, exclamó Deza, que el traidor que coja con las armas en la mano ó promoviendo la sedicion, será juzgado con el rigor de las leyes sin que baste á detenerme consideracion de ninguna especie.

—No seré yo el que me oponga á determinacion tan justa, replicó Mondejar: pero siempre es mas prudente prevenir los delitos que tener que castigarlos. Todos nosotros estamos obligados á mantener el orden y la obediencia á las leyes: contribuyamos todos á conservarlos sin tener que derramar sangre...

—Señor, señor, interrumpió precipitándose en el salon un escudero del Marqnés, ajitado y tembloroso: las Alpujarras se han levantado: en Cádiz se han reunido los jeques de las Tabas (1) circunvecinas, y han alzado por Rey á D. Fernando de Valor, veinti-

---

(1) Voz árabe que equivale á distrito, ó demarcacion.

cuatro que ha sido de esta ciudad, bajo el nombre de Aben-Húmeya, y la primera señal de sus hostilidades ha sido el degüello de los cuarenta soldados de caballería que con el capitán Herrera estaban en aquella villa; uno de ellos que pudo escapar de la matanza, acaba de referirlo en la plaza de los aljibes.

—Vive Dios que esto es ya demasiado! prorrumpió el Marqués; se han atrevido á levantar el estandarte de la rebelion!, pues bien: ya humillaremos su arrongancia; que se prevengan mis tropas: vos Don Pedro, vijilad con vuestros alguaciles la ciudad; vos Sr. Inquisidor, tendreis á vuestra disposicion mis alabarderos para mantener sosegado el Albaicin, y al temerario que quiera secundar el movimiento de la sierra, muerte y esterminio.

Y diciendo así, salió de la Alhambra para disponer su marcha contra los rebeldes.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

II.

...alguna vez que con él se celebraban  
los festejos que se celebraban en  
...y el año...

Poco tiempo antes de estos acontecimientos se habia visto en las calles de Granada un sugeto que, al par que despertaba una vivisima curiosidad, inspiraba un profundo respeto: al verle atravesar por las plazas con reposado continente, alto, delgado, macilento, con los ojos inclinados ordinariamente hácia el



suelo, pero que cuando los alzaba despedian un brillo sobrenatural; con una frente ancha, despejada, surcada de ligerisimas arrugas; con una nariz aguilena sombreando una boca breve que descubria dos hileras de blanquissimos dientes, con una barba negra que bajaba en confuso remolino hasta el pecho; vestido con un saco de jerga en cuya abertura superior tenia una capucha de la misma tela; ceñido con una cuerda de esparto, y con un báculo en la mano, se le tenia por uno de aquellos piadosos anacoretas que habian abandonado el desierto para emplearse en la conversion de los infieles: sin embargo, cuando aquellos ojos se fijaban en un objeto, cuando aquella boca se contraia, cuando aquellas arrugas se amontonaban sobre su entrecejo, se conocia que ni los ayunos ni los cilicios habian podido domar de un todo á la rebelde carne, que aquella frente mas á propósito era para concebir planes de batallas que pensamientos de abnegacion y de humildad, y que aquel brazo estaba mas acostumbrado á manejar la espada que á arrastrar un báculo. ¿Quién era? Se ignoraba: solo se sabia que vivia en una cueva en lo interior del barranco de Peña-quebrada en la subida del Sacro-monte, que pedia limosna para repartirla despues entre los infelices, que se ejercitaba en la oracion, y que no habia desgraciado, ya fuese cristiano ó morisco, á cuyo socorro no acudiese, ni calamidad que no procurase aliviar con sus consuelos; de modo que el *Padre Piquiñote*, nombre con el que se le conocia, era casi un objeto de culto para aquellos naturales sencillos y supersticiosos: habia ocasiones en que se ausentaba de Granada y al cabo de cierto tiempo se le veia re-

gresar con abundantes limosnas que repartía entre todos los pobres del Albaicín. Acababa de llegar de su última expedición que le había detenido más de dos semanas, y se advirtió que no traía tantas limosnas como acostumbraba, y que estas las repartía con preferencia entre los castellanos, contentándose con decir a los moriscos que se le acercaban: «*Dios socorrerá la mayor necesidad.*» con todo, al tiempo de despedirlos se inclinaba y les añadía: «*el que tenga sed que acuda esta noche al Aljibe de la Lluvia.*»

### III

Era una oscurísima noche de diciembre: una espesa niebla cubría la cima del cerro de Santa Elena que domina a la ciudad, la que desgarrándose al impulso de una violenta bocanada de aire dejaba ver en las ruinas de un antiguo castillo, inmediato al estenso aljibe de la lluvia, una multitud de personas agrupadas en confuso montón: todas las avenidas del cerro se hallaban cubiertas de bultos que se aproximaban con rapidez al castillo; los que al acercarse a la entrada pronunciaban una palabra y penetraban en él: En una de las alas del desmantelado edificio había un salón que en este momento presentaba un imponente espectáculo: hallábanse reunidos allí como un